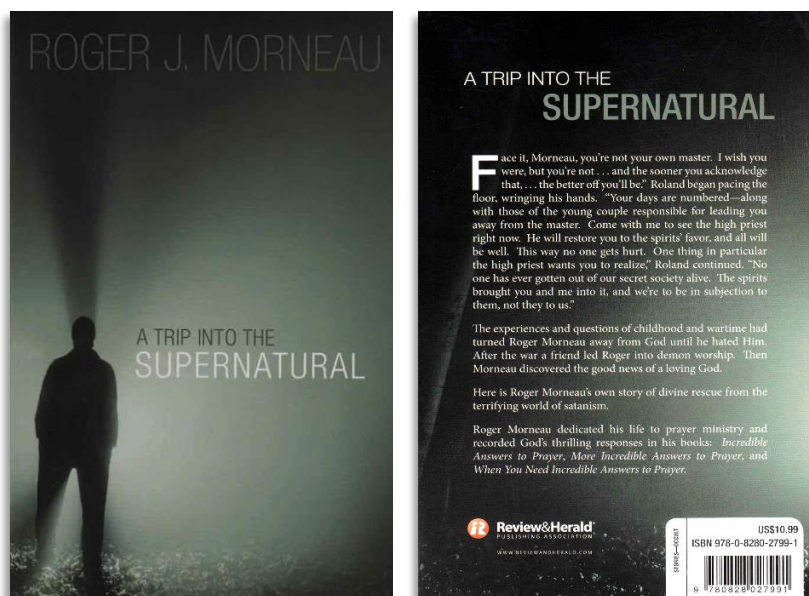


Mirarán a mí, a quien traspasaron

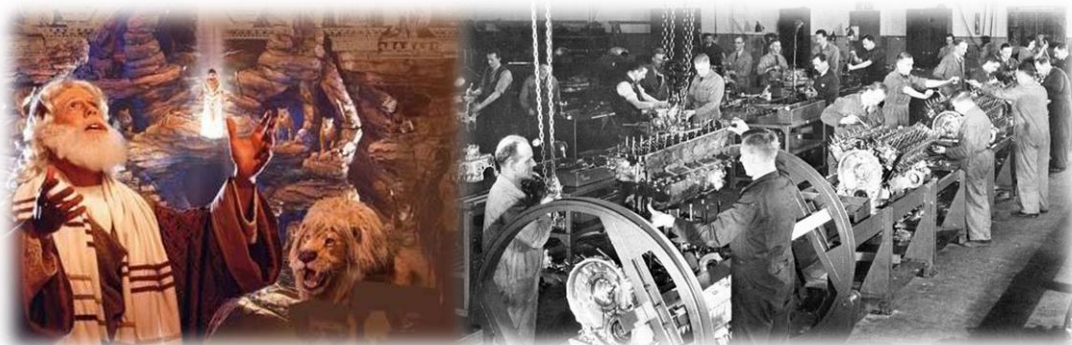
LB, 25 marzo 2016

Os quiero invitar a contemplar a Cristo, a meditar en él. Antes quisiera que contemplemos algo bien distinto por contraste.



Esta es la portada y contraportada del libro 'A Trip into the Supernatural'. Roger Morneau, su autor, es un respetado autor adventista que en su juventud había militado en altas esferas del espiritismo (sabiendo que no se comunicaba con supuestos espíritus de fallecidos, sino con ángeles caídos). En cierta ocasión oyó de un sacerdote satánico información privilegiada relativa a los planes del diablo:

“A principios del siglo XVIII, Satanás y sus espíritus consejeros tuvieron un gran concilio general a fin de prepararse para la era industrial que pronto haría eclosión en el mundo.



Satanás había estado estudiando las profecías de la Biblia y comprendió el significado de **Daniel 12:4**, que describía el tiempo del fin, cuando muchos

correrían 'de aquí para allá, y la ciencia' aumentaría. Reconoció ese momento como el ideal para separar a los seres humanos de su Creador, llevando así a la perdición a las multitudes del planeta.

El gran concilio concluyó tras largas deliberaciones, después de haber diseñado su estrategia para engañar, que tendría por resultado descalificar a un vasto número de personas para el reino de Cristo, por haber venido automáticamente a formar parte del reino de Satanás.



La **primera parte** consistiría en convencer a los seres humanos de que Satanás y sus ángeles realmente no existen.

La **segunda parte** tenía por fin obtener el control total de las personas, presentando el hipnotismo como una ciencia nueva y beneficiosa. Hombres de gran capacidad intelectual, bajo la dirección de *espíritus amistosos*, perpetuarían la doctrina de la inmortalidad del alma, haciendo que aquellos que estuvieran bajo el hechizo del hipnotismo regresaran (supuestamente) en el tiempo a vidas anteriores.

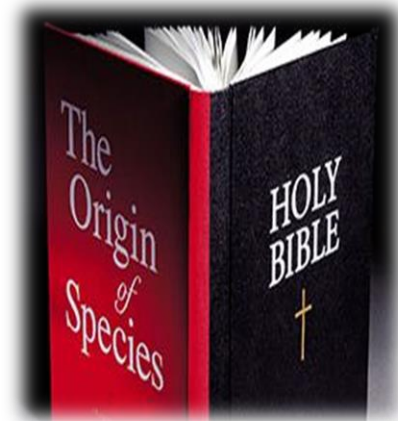


Para dar fuerza al engaño, ocasionalmente los espíritus harían que la persona hipnotizada hablara con fluidez una lengua extranjera que previamente desconocía.

Eso ayudaría a Satanás a [descristianizar Occidente mediante la incursión del misticismo.](#)

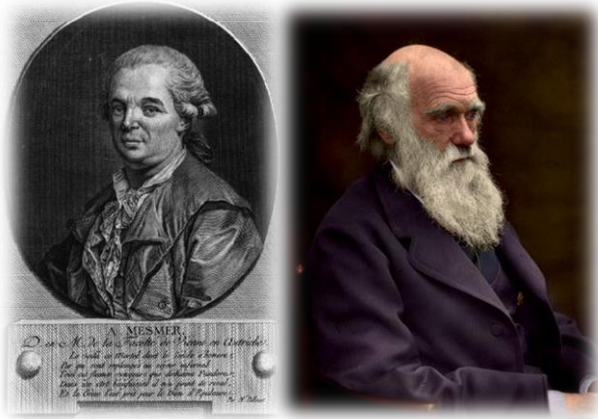
La **tercera parte** del plan de Satanás consistiría en destruir la Biblia sin deshacerse en realidad de ella. Satanás borraría la idea de Dios de las mentes de millones mediante la teoría de la evolución.

Para llevar a cabo su plan seleccionaría a individuos de gran intelecto. Escogió a un médico austriaco llamado Franz Mesmer a fin de rescatar el hipnotismo de los escenarios ocultistas y presentarlo como una nueva ciencia.



Para cuando Mesmer murió (1815), el hipnotismo había comenzado a adquirir un aura de respetabilidad entre los médicos europeos como técnica anestésica.

Charles Darwin, nacido en 1809, y Thomas Henry Huxley, en 1825, cayeron ambos a una edad temprana bajo la influencia de los espíritus al ser sometidos al hipnotismo por ciertos médicos, con fines anestésicos. Los espíritus decidieron que cuando fueran adultos serían los instrumentos para desarrollar la religión que conocemos como teoría de la evolución” (Roger Morneau, *A Trip Into the Supernatural*, Review and Herald, 1982; fragmentos, 45-47).



Hemos leído “[descristianizar Occidente mediante la incursión del misticismo](#)”.

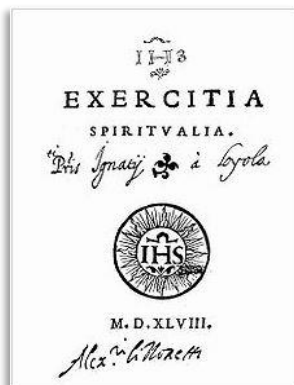
La meditación mística y la oración contemplativa tienen una historia muy larga que se inicia en las antiguas religiones paganas de Oriente. Entre los años 300-500 d.C. los “padres del desierto” tomaron de Oriente la meditación mística y la oración meditativa y las pasaron a otros monjes católicos. El misticismo permaneció allí, enclaustrado casi exclusivamente entre las paredes de monasterios, conventos y abadías hasta que en la Edad Media, **Ignacio de Loyola** (1534) recopiló y sistematizó esas enseñanzas, e hizo todo esfuerzo posible por popularizarlo.

En España nos suenan algunos místicos de la Edad Media, como Teresa de Jesús, Juan de Ávila, Juan de la cruz y el propio Ignacio de Loyola.

Aproximadamente en la misma época en que Lutero estaba descubriendo la luz de la salvación por la fe mediante su estudio de la Biblia, Ignacio de Loyola —el fundador de la Orden de Jesús— adquiría de otra fuente su “conocimiento superior” por medio del misticismo. Sus



“ejercicios espirituales” fueron los precursores de la llamada “formación espiritual” de nuestros días.

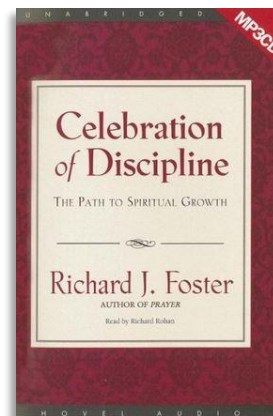


Recientemente, los monjes trapenses **Thomas Keating** (1923-) y **Thomas Merton** (1915-1968) han retomado la obra que inició Ignacio de Loyola, logrando que la meditación mística y la oración meditativa se hayan popularizado en el mundo católico de hoy. En el tiempo en que se escribe este documento, la avanzada edad de Thomas Keating no le impide seguir publicando vídeos en Youtube, en los que instruye sobre esas técnicas.

¿Cómo haría ese misticismo tan desprovisto de base bíblica para dar el salto al mundo protestante, que clásicamente se ha basado en la máxima: *sola scriptura*? Los reformadores protestantes repudiaron firmemente todas esas experiencias místicas por considerarlas brujería y espiritismo, algo ajeno a la Escritura y totalmente contrario al evangelio. Conocían bien **Efesios 5:11**:

No tengáis nada que ver con las obras infructuosas de la oscuridad, sino más bien denunciadlas.

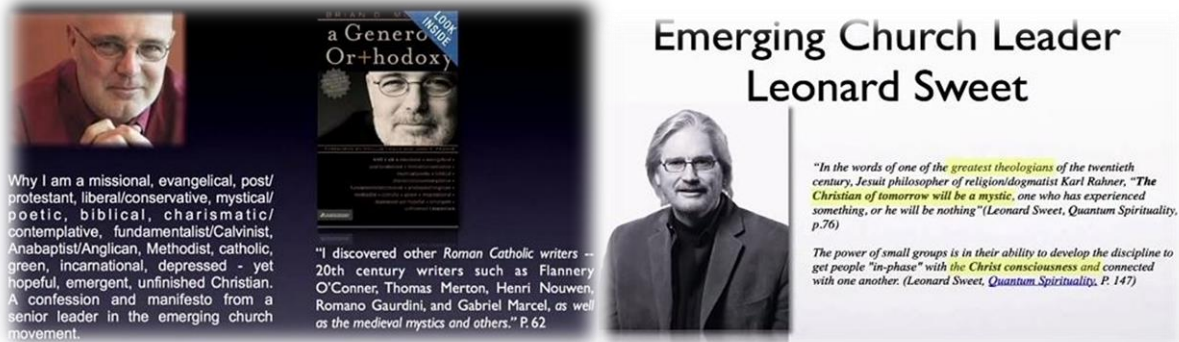
El misticismo encontró la puerta de entrada en el protestantismo gracias a **Richard Foster**, un joven teólogo cuáquero formado en la Universidad George Fox y en el seminario teológico Fuller. La Universidad George Fox lleva ese nombre en honor al que fue fundador de la comunidad cuáquera. El libro de Richard Foster 'Celebration of Discipline', ha sido declarado por *Christianity Today* como uno de los diez libros más influyentes del siglo XX. Richard Foster ha escrito libros y ha dado innumerables seminarios promoviendo la meditación mística y la oración contemplativa en el mundo protestante.



Los cuáqueros son una denominación especial dentro del mundo protestante. No todos ellos se consideran cristianos. Repudian en general los usos y liturgia comunes en las denominaciones clásicas evangélicas, y minimizan la Biblia como revelación final de Dios. En su lugar, exaltan su doctrina de la 'luz interior', que para ellos significa la iluminación inmediata y directa de la persona en relación con lo divino, al margen de la Escritura. Su fundador, George Fox (1624-1691) vivió en Inglaterra en el tiempo de la guerra civil y la constitución de la Commonwealth. La religión cuáquera, debido a albergar ciertas creencias y prácticas propias del mundo místico, ha supuesto el terreno abonado para que el misticismo pueda introducirse a través de ella en el protestantismo. Estos son algunos de los elementos habituales del "credo" y adoración cuáquera:

- Práctica habitual del "silencio" (afín a la oración meditativa)
- Cosmovisión consistente en el universalismo y el panteísmo
- Énfasis en la *iluminación* directa y personal del individuo, en detrimento de la revelación en las Escrituras mediante profetas elegidos por Dios.

Mediante los cuáqueros el misticismo oriental —tras salir del entorno monástico y popularizarse en el catolicismo— ha vencido una nueva barrera y ha hecho incursión también en el protestantismo.



Dos personalidades destacadas en la promoción del misticismo entre los protestantes (fuera ya de la esfera cuáquera) son **Brian McLaren** y **Leonard Sweet**, prolíficos autores de libros y seminarios.

Entre las técnicas promovidas figuran la repetición de mantras, la *lectio divina*, la inmersión en el “silencio”, la oración meditativa, contemplativa o centralizada, la visualización o “meditación”, técnicas todas ellas orientadas a la búsqueda de un estado alterado de la conciencia caracterizado por el cese de la ideación consciente habitual, lo que permite conectar sin barreras con ese mundo sobrenatural que ellos conciben como ‘Dios en todo’ —todos— y ‘todo —todos— en Dios’. Sabemos que ese supuesto dios no es el Creador ni el Redentor que se revela en la Biblia, sino precisamente su enemigo en el conflicto cósmico.

Al ejercicio de ese conjunto de disciplinas se le ha venido llamando “formación espiritual”. Suena bien, pero no es lo que parece. Lo importante no es recordar esa terminología concreta, porque sin duda en cuanto despierte sospechas, se lo denominará de otra forma que resulte igualmente atractiva e inocente.

En su intento por llevar a los creyentes de todo el mundo a la unidad bajo su dirección suprema, Satanás está procurando solapadamente introducir en el cristianismo sus métodos tradicionales arraigados desde antiguo en las religiones orientales. Y no lo olvidemos: “los escogidos” son la diana especial de los engaños de Satanás.

En **Juan 17:3** leemos:

Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

¿Será posible conocer al “único Dios verdadero” —y a Jesucristo— mediante los métodos del que es *mentiroso* y padre de mentira? ¿Es a Dios a quien conoceremos? ¿O vamos a adquirir más bien el tipo de *conocimiento* que viene del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal?

Por desgracia, muchos cristianos bienintencionados están viendo en ese abordaje místico, no sólo la forma de conocer a Cristo, sino también el método para llevar el conocimiento de Cristo al mundo (postmoderno) en que vivimos.

En eso consiste el movimiento de la *iglesia emergente*, en el que la Verdad pierde toda importancia al quedar sacrificada sobre el altar del humanismo y de la unidad ecuménica. La llamada iglesia emergente no es ninguna *Iglesia* en el sentido clásico de la palabra: no es ninguna denominación. Al contrario, es anti-denominacional por

naturaleza. Es un movimiento que se extiende transversalmente por todas las iglesias (incluyendo el judaísmo y el islam), procurando derribar barreras denominacionales.

Como ilustran los cuadros descritos en **Ezequiel 8**, no se trata de perversión en el sentido clásico de crimen, sino en el sentido de perversión de la verdadera adoración. No se fomenta el robo o la mentira, *se fomenta la “adoración”!*, lo que convierte al engaño en sutil. Según Ezequiel 8, el pueblo de Dios había ido incorporando el estilo de adoración propio de las multi-culturas vecinas (**Eze 11:12**). Era un culto aceptable en el entorno que los rodeaba, que se había ido introduciendo de forma sutil y progresiva. Parecía una necesaria e inocente modernización de las *formas*, pero escondía un profundo cambio en el *fondo*, en la enseñanza o doctrina, y tuvo por resultado un cambio en el Ser adorado, que había pasado a ser Satanás en lugar de Dios (**Deut 32:16-17** y **1 Cor 10:20**).

Tal sucede, si cabe con mayor refinamiento, en la iglesia emergente. Oculta en un supuesto cambio y modernización en la *liturgia*, se esconde un cambio radical en la *enseñanza*. Se abandona la cosmovisión del conflicto de los siglos y se pierde la centralidad de Dios como único objeto de adoración y como único que posee la autoridad para definir cuál es la adoración aceptable. Por supuesto, no se *nombra* a Satanás, al hipnotismo, al misticismo ni a nada que lo sugiera. Se evoca la centralidad de Cristo, pero si bien se evoca a Cristo como el *todo*, no se acepta *todo* de Cristo. Se rechaza especialmente su revelación en Apocalipsis. En realidad, Cristo, el “Uno”, no es más que el *pretexto* para llevar el foco a la unidad ecuménica, a la primacía de la experiencia, al “evangelio” de la amistad y a las relaciones sociales saludables.

Hay un espíritu de unidad, pero no es la *unidad en el Espíritu* (puede parecer lo mismo, pero no lo es: los empleados de un banco, o un club de fútbol, puede y debe tener espíritu de unidad, y sin embargo está en las antípodas de la unidad en el Espíritu, que es lo que el Señor espera de nosotros: **Efe 4:3-4**).



Ese movimiento hace un llamado más o menos solapado al adventismo para que abandone su legado histórico, su misión y mensaje (de los tres ángeles, del borramiento del pecado y purificación del santuario efectuada por Cristo como sumo-sacerdote en el lugar santísimo en preparación para el sellamiento y venida de Cristo), invitándolo a que se centre en una obra de beneficencia social de carácter ecuménico e intemporal, sin relación alguna con el calendario divino profético que está en la esencia de nuestro origen y razón de ser como pueblo remanente. Es decir: está llamándonos a que abandonemos nuestra cosmovisión, que es la del conflicto de los siglos —la controversia entre Cristo y Satanás—, ese contexto desconocido para toda otra denominación.

Según el ideario de quienes están promoviendo entre nosotros el movimiento emergente, nuestro pueblo no es el depositario de la verdad, sino sólo de *alguna parte* de la verdad, que debe ser reunida junto a las otras partes que Dios habría repartido por todas las denominaciones, en espera de que juntándonos con ellas reconstruyamos el “puzzle”.

El movimiento de la iglesia emergente parecería haber encontrado la fórmula para hacer crecer a la iglesia en número. El seminario Fuller ha venido a ser un centro reconocido por su saber en lo relativo a hacer crecer las iglesias. Desde ese punto de vista numérico es difícil poner en duda el éxito de la iglesia emergente, al menos en Estados Unidos. Lo prueban las mega y giga-iglesias Saddleback, dirigida por Rick Warren; Willow Creek, por Bill Hybels; Crystal Cathedral, por Robert Shuller; Lakewood, por John y su hijo Joel Osteen, etc.



Todas ellas están enfocadas al hombre y su necesidad de sentirse bien. Es la teología del “aquí y ahora”. No están centradas en la verdadera adoración a Dios en el Espíritu ni en la verdad del mensaje de los tres ángeles, y no tienen en su ideario llevar a sentir la necesidad de arrepentimiento. Se considera una ofensa despertar la conciencia. No se da cabida al que convence de pecado, de justicia y de juicio. En lugar de ello se procura una *experiencia* agradable a la naturaleza humana, mediante lo que llaman una combinación de lo antiguo con lo moderno: el antiguo misticismo de una parte, y la música rock de la actualidad (y las representaciones teatrales, etc) de otra. Se trata de la salida de los claustros catedralicios del misticismo oriental-medieval, para aterrizar en las iglesias café-concert del siglo XXI. El diablo no ha descuidado ninguna oportunidad de influir en la sociedad, sea mediante el materialismo, mediante la religión, o mediante la “espiritualidad”.

¿Qué os parece una congregación de más de 200.000 miembros? ¿Os impresiona? ¿Os acompleja?

Uno de los rasgos de la iglesia emergente es el desprecio a las doctrinas, que son denigradas como siendo “el cementerio donde mueren las buenas ideas”. El problema es que todo en la Biblia es doctrina, todo es enseñanza. La propia “*gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres, se manifestó, enseñándonos...*” (Tito 2:11-12).

En cierta ocasión en que Jesús presentó una *verdad*, una *doctrina* incómoda, se produjo una deserción masiva que le obligó a preguntar a sus discípulos si ellos querían abandonarlo también. Evidentemente, Jesús no estaba especialmente preocupado con el crecimiento numérico de su iglesia. Y no olvidemos que eso que nosotros llamamos cariñosamente nuestra iglesia, *¡sigue siendo su iglesia!*

A modo de contraste con lo anterior, citaré un episodio que ilustra cuál es el tipo de compromiso con la verdad y la enseñanza bíblica de uno de los mayores impulsores de la iglesia emergente: Brian McLaren. Este afirmó en un foro público que Satanás en realidad no existe; que su supuesta existencia no es más que una *doctrina* que hemos inventado los cristianos a fin de elevar barreras denominacionales y poder demonizar a otras comunidades de fe distintas a la nuestra.

Jesús dijo en otra ocasión:

No temáis, manada pequeña; porque al Padre ha placido daros el reino (Lucas 12:32).

Hacer crecer la iglesia en número no es lo mismo que cumplir la misión que se le encomendó. Y se trata de una *misión* muy concreta: la de predicar con nuestras vidas, con nuestros libros y con nuestra voz el mensaje de los tres ángeles al mundo, en la perspectiva de la preparación para la segunda venida de Cristo.

Pensad en la misión de Noé: si en lugar de predicar su mensaje concreto e impopular hubiera organizado conciertos de música profana y meriendas en el arca, muy probablemente su “iglesia” habría crecido, ¿no os parece? Pero: ¿habría cumplido su misión?



No entraron muchos en el arca. Ocho personas no es una mega ni una giga-iglesia. Sin embargo, esa fue la congregación a partir de la cual se desarrolló la iglesia de Dios

posteriormente al diluvio, en el antiguo y en el nuevo testamento. No os preocupe ser la “manada pequeña”. Dios no ve las cosas como el hombre las ve: cuando Noé entró en el arca era una exigua minoría; pero al salir de ella era una mayoría absoluta. Tened la paciencia de los santos y os encontraréis, no ya entre la mayoría, sino entre la unanimidad de los que adorarán por la eternidad al único Dios verdadero, cuando hayan desaparecido el engaño, el desengaño y el pecado por siempre.

¿Qué os parece si Juan Bautista, en lugar de preparar el camino para el Señor en su primera venida, se hubiera limitado a la labor encomiable de atender las necesidades sociales y físicas de los pobres y enfermos? ¿Habrían cumplido Noé y Juan su misión, si hubieran obrado así?

¿Qué os parece si Cristo, en lugar de ascender para iniciar su mediación —primero en el lugar santo y luego en el santísimo— se hubiera quedado en esta tierra a fin de seguir

aliviando las dolencias sociales y físicas de un número interminable de personas desfavorecidas?

Si abandonáramos a “los huérfanos y las viudas” estaríamos ciertamente negando la fe que profesamos, pero si la labor social constituye el centro y misión del movimiento adventista y carecemos de un mensaje especial y urgente que nos diferencie del resto del mundo creyente, hemos traicionado nuestro llamado, y haríamos bien en preguntarnos si más bien que en el pueblo remanente, nuestra vida tendría más sentido militando en las filas de la Cruz Roja (organización encomiable donde las haya, pero a la que la Inspiración no ha encomendado mensaje profético alguno).

Dado que está en boga la idea de adoptar una mentalidad postmoderna a fin de no perder relevancia en una civilización postmoderna, quizá sea adecuado citar brevemente los rasgos principales de dicha cultura y sociedad:

Una característica principal es su desprecio por la *religión*, junto a un aprecio por la *espiritualidad*. Aun haciendo profesión de una mente científica y racional, no tiene reparos en comprender la espiritualidad en términos de irse de noche a la playa para elevar el espíritu y ponerlo en armonía con el universo, por ejemplo; o bien atribuir espiritualidad a objetos de la creación vegetal, lo que se puede traducir en dar abrazos a los árboles.

Pero el rasgo fundamental quizá sea el rechazo a la *verdad*, a todo lo absoluto, en favor del relativismo: ‘Todo ha cambiado, todo depende de quién lo observe, y del momento y el lugar desde el que se lo observe’...

¿Es así? Lo es, sólo en un análisis superficial. Ha cambiado la apariencia, lo accesorio, pero no lo esencial e importante. Por más que el hombre postmoderno quiera reclamar originalidad, sigue en pie lo dicho por el Predicador:

¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará: *y nada hay nuevo debajo del sol*. ¿Hay algo de que se pueda decir: He aquí esto es nuevo? *Ya fue* en los siglos que nos han precedido (Ecl 1:9-10).

Observad este listado breve de absolutos, y comprobaréis que NO han cambiado:

- Satanás
- La naturaleza del hombre
- El pecado
- La muerte
- La salvación
- La Biblia
- Cristo

Rechazar la verdad significa rechazar al gran “Yo soy”:

Jesús le dice: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí* (Juan 14:6).

Por cierto, el rechazo a la verdad tampoco es nada nuevo, como tampoco lo es el experimento de la iglesia emergente. La progresiva separación de la verdad y la incorporación de elementos de la “espiritualidad” de otras culturas junto a sus estilos

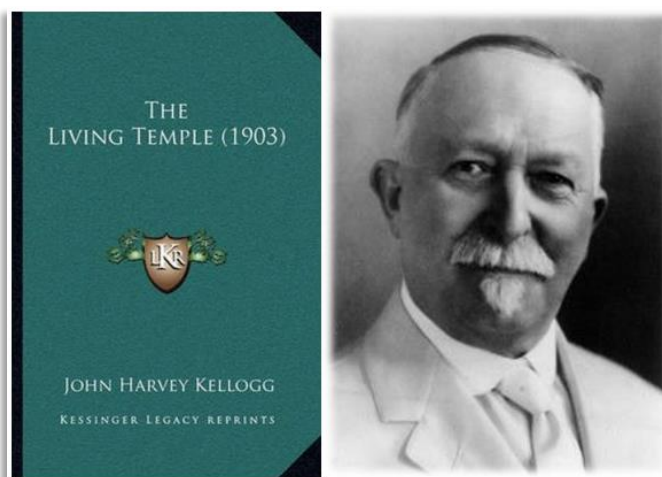
de adoración, llevó en los siglos III y IV a la gran apostasía de la iglesia cristiana, y tuvo como resultado el nacimiento de una iglesia emergente orientada a entregar al papado la primacía espiritual y temporal. La Biblia lo llama el “**hombre de pecado**”, el “**misterio de iniquidad**”, y está descrito en Daniel y Apocalipsis en términos inconfundibles.

Es cierto que hay un rechazo a la verdad, y eso no ha sorprendido a Dios:

Vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; antes, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. Pero tú vela en todo, soporta las aflicciones, haz la obra de evangelista, cumple tu ministerio (2 Tim 4:3-5).

¿Cómo os parece que vamos a cumplir nuestro “ministerio”? ¿Cómo creéis que vamos a ser más relevantes?, ¿incorporándonos a la confusión del postmodernismo, o permaneciendo firmes en la verdad y haciendo un llamado claro a que las personas abandonen esa confusión?

Si consideráis improbable que ese movimiento místico emergente nos pueda afectar a nosotros, será bueno recordar que tenemos un trágico antecedente en nuestra historia denominacional. Alrededor de 1903, no sólo el doctor Kellogg, sino una parte sustancial de los dirigentes de nuestra obra que habían sido poderosos siervos de Dios con anterioridad, resultaron seducidos por el misticismo, en la que ahora conocemos como la crisis panteísta. Al misticismo de la iglesia emergente no sólo se lo puede barnizar de cristianismo. Incluso se lo puede “bautizar” con fraseología tomada de Ellen White, tal como ya pretendió hacer Kellogg en su día:



Me siento impulsada a hablar negando la pretensión de que las enseñanzas de *Living Temple* pueden ser apoyadas por declaraciones de mis escritos (1 MS, 237).

A aquella incursión del misticismo panteísta en el adventismo, Ellen White la llamó el “**alfa de la apostasía**”, anunciando que la omega no tardaría, y sería “**de una naturaleza asombrosísima**” (1 MS, 231 y 237). Así pues, ¡estamos avisados!

Ellen White escribió:

No necesitamos el misticismo que hay en este libro (*The Living Temple*, de Kellogg). Los que fomentan esos engaños pronto se encontrarán en una posición donde el enemigo puede entenderse con ellos y apartarlos de Dios (1 MS, 236).

Como es fácil ver, no hace falta sostener la falsa doctrina de la inmortalidad del alma para ser susceptible de quedar atrapado en el espiritismo. El diablo se ha encargado de refinar convenientemente el engaño para su diana principal: el pueblo remanente.

“Hazle frente”, fue la “voz autorizada” que Ellen White escuchó, junto a otras instrucciones que le “fueron dadas acerca de los errores que estaban introduciéndose entre nosotros” (1 MS, 240).

No estaban introduciéndose en el mundo: “estaban introduciéndose *entre nosotros*”.

Prestemos ahora atención al misticismo y a lo que encierra. Según un resumen de definiciones encontradas en internet, el *misticismo* consiste en la (vana) pretensión de mantener una comunicación de carácter sensorial con Cristo o con lo divino, basada en cierto conocimiento privilegiado de Dios más allá de lo que su Palabra ha revelado; un tipo de conocimiento inasequible al intelecto, pero que se puede “sentir”, “experimentar” de forma sensorial.

Está relacionado con el *gnosticismo*: un conocimiento introspectivo de lo divino propio de los *iniciados*, que se considera un tipo de conocimiento (*gnosis*) superior a la fe.

Es la parte “*seréis como dioses*” de la mentira satánica dicha a Adán y Eva en el Edén.

En la iglesia emergente se exalta la *experiencia* más bien que la Palabra de Dios. Y es una experiencia de *vista* (2 Cor 5:7) más bien que de *fe* (la fe está siempre basada en la Palabra: Rom 10:17; Mat 8:8 y 10).

Como el sacrificio de Caín, esa filosofía contiene un desprecio hacia la sangre derramada en el Calvario para remisión de los pecados: los *iniciados* no se salvan por la fe en el perdón que Dios otorga mediante el sacrificio de Cristo en la cruz, sino que se salvan mediante la *gnosis*, ese superior conocimiento o iluminación que se nutre en la *experiencia* de la oración meditativa. El centro viene a desplazarse de lo divino a lo humano. Se exalta la oración (obras) y se menosprecia la cruz (evangelio).

Pablo afirmó:

No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio: no en sabiduría de palabras, porque no sea hecha vana la cruz de Cristo. Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; mas a los que se salvan, es a saber, a nosotros, es potencia de Dios...

Mas nosotros predicamos a Cristo crucificado, a los judíos ciertamente tropezadero, y a los gentiles locura; empero a los llamados, así judíos como griegos, Cristo potencia de Dios, y sabiduría de Dios (1 Cor 1:17-18 y 23-24).

No me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo y a este crucificado (1 Cor 2:2).

A modo de ejemplo, reproduzco las tres frases destacadas por uno de los impulsores de la oración contemplativa y otras prácticas relacionadas (Rob Bell):

- El problema que ocasiona la insistencia en que uno de los absolutos de la fe cristiana es la creencia de que nuestra única guía es la Escritura. Suena bien, pero no es cierto.
- La Biblia es producto de la manufactura humana, no del mandato divino.

- No puedo encontrar un lugar donde Jesús —o la Biblia— enseñe que nos hemos de identificar como pecadores antes que nada y por encima de todo.

Los proponentes del movimiento de la iglesia emergente se atienen a las doctrinas básicas del espiritismo, incluyendo la comunicación mística. Solemos concebir el espiritismo como la comunicación con espíritus de demonios, pero dicha comunicación no es el fin, sino el medio. El fin es inculcar la ideología satánica, que incluye:

- (1) Un desprecio de la Verdad, un desprecio a la Biblia como única regla de fe, como Escritura inspirada por Dios.
- (2) La pretendida autosuficiencia del hombre, que contendría en sí mismo energía, sabiduría y bondad infinitas en espera de ser descubiertas. Eso es así debido a su creencia de que el hombre es divino en esencia.
- (3) La negación de la realidad del pecado y de la situación de condenación causada por el pecado.
- (3) La negación de la expiación mediante la sangre derramada de Cristo como único camino de salvación.
- (4) El desprecio al arrepentimiento y a la negación del yo, como paso necesario por parte de quienes reciben con provecho la gracia de Dios en el don de Jesucristo.
- (5) Aceptación del evolucionismo (teísta o no) junto a otros “ismos”, especialmente el feminismo.
- (6) Abandono de la centralidad de Dios (religión), en favor de la centralidad del hombre (espiritualidad). Se ha llegado a promover este cambio mediante una frase célebre del Padrenuestro, para ilustrar el cambio en el paradigma: ‘Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea *nuestro* nombre...’ (lamento incluir esa declaración de Robert Schuller en su crudeza blasfema, pero me ha parecido reveladora). Se propone una nueva definición de pecado, que ya no consiste en transgredir la ley de Dios, sino en lesionar la autoestima del ser humano y su necesidad de reconocimiento.

Hasta aquí la exposición de esa amenaza formidable ante la que nos encontramos. Pero debido a la sutilidad de la misma, hermanos sinceros expresan su temor a estar flirteando con lo místico sin saberlo, en sus oraciones y meditaciones. Eso evidencia que no sólo corremos el peligro de ser seducidos por esas “doctrinas de demonios”. Hay también otro peligro, y no es menor: el de desechar lo genuino por parecernos que guarda similitud con lo falso. El camino del error y el de la verdad discurren con frecuencia muy cerca el uno del otro, y hemos de ser cuidadosos en no desechar lo genuino, por parecernos que la falsificación guarda ciertas similitudes con el auténtico don de Dios.

Nada en esas técnicas místicas debe desanimarnos al ejercicio de la genuina meditación y oración, tal como presenta la Biblia en innumerables ejemplos (la oración de Daniel, la de Salomón, la del propio Jesús, etc).

Como hizo con todos los auténticos dones de Dios, Satanás ha pervertido también el uso adecuado de la meditación a fin de poner en comunicación a los seres humanos con su reino de tinieblas. Pero la auténtica meditación cristiana es extremadamente importante para el crecimiento en la gracia.

“La meditación y la oración son necesarias para crecer en la gracia” (2 T, 183).

Veamos algunos de los contrastes entre lo genuino y lo falso:

En la genuina meditación cristiana los ojos de la mente se fijan en las verdades de la Biblia y se ponen en acción las capacidades de la razón. En contraste, en la meditación mística el fin buscado es vaciar la mente de todo pensamiento consciente, de manera que sea permeable a las impresiones “divinas”. Significa la abolición de toda barrera consciente, dejando la mente en “punto muerto”. ¡Qué magnífica oportunidad tiene Satanás para introducir entonces sus conceptos, sin ninguna evaluación crítica por nuestra parte!

Es un procedimiento emparentado con el hipnotismo. La forma de llegar a ese “silencio”, a esa “unidad con el universo”, es mediante la “vana repetición” (Mat 6:7) de alguna palabra o nombre (bíblico, para que parezca cristiano) a modo de *mantra*; o centrando la imaginación en una escena (bíblica, por igual motivo), *con exclusión de cualquier otro pensamiento o evaluación crítica*. Es como una “mantra” de esa imagen, una fijación obstinada y repetitiva en la misma idea. La clave no es el control, sino la falta de él.

En contraste, en la meditación cristiana se ejercitan al máximo las facultades de la mente consciente *sin exclusión* de temas relacionados, sino permitiendo y fomentando que la mente opere de la forma en que el Creador dispuso: mediante la interacción de ideas asociadas. Así, por ejemplo, cuando meditamos en un tema de la Biblia, lo hacemos examinándolo en cada una de sus apariciones en el relato de la Escritura, situándolo en el contexto del gran conflicto de los siglos, viendo qué relación tiene con el gran centro: Cristo y Cristo crucificado; viendo cómo afecta al resto de verdades bíblicas, especialmente con la que es verdad presente para nuestros días: el ministerio de Cristo en el lugar santísimo celestial para purificación del santuario en el borramiento de los pecados, juicio investigador y preparación para su segunda venida; qué implicaciones tiene para mí personalmente; qué puedo aprender sobre el carácter de Dios en ello; cómo debo reformar mi vida en vista de la nueva luz; cómo puedo compartir ese conocimiento con otros para llevarlos al Salvador, etc.

En la meditación cristiana, la mente se concentra al máximo, se esfuerza y está bajo control consciente, procurando en cada momento someterse a la *dirección* del Espíritu Santo. Es lo que Ellen White llama la “razón santificada”. En contraste, puesto que la Biblia nunca te la enseñará, *la meditación mística requiere la dirección de un guía o mentor “iniciado”*. La genuina meditación cristiana no busca *sentir*, sino que busca *creer*: el cristiano cree, no porque sienta, sino porque Dios lo afirma en su Palabra. En la meditación mística, la mente se vacía de todo pensamiento consciente, buscando la constatación sensorial de una unidad mística con el “Ser supremo” del que (supuestamente) formamos parte. Entonces, uno ya no adora *al Creador* del universo, sino que pasa a adorar *al universo* y *a uno mismo* como parte de él.

Es idolatría, es panteísmo, es hipnotismo y es espiritismo. Es el desarrollo de la estrategia satánica decidida en su concilio de principios del siglo XVIII. Recordad: se propuso descristianizar occidente mediante la incursión del misticismo.

Y es terrible, pues la diana de ese engaño son nuestros adolescentes, nuestros jóvenes y el sistema educativo.

Ellen White escribió mucho sobre los peligros de una imaginación descontrolada, pero valorad estas citas relativas al ejercicio apropiado de la *meditación* y de la *imaginación*:

“Que vuestra imaginación represente la morada de los justos” (CC, 87).

“En la Biblia se abre delante de la imaginación un campo ilimitado” (CN, 479).

“Su mente debiera ser llenada con los relatos de la vida del Señor y su imaginación despertada con la descripción de las glorias del mundo venidero” (CN, 461).

“Vemos un poco hoy, y con meditación y oración, vemos más mañana... ¡Oh, cuánto perdemos por no educar la imaginación para que se ocupe de las cosas divinas en vez de las terrenales!” (6 BCA, 1085).

“Sería bueno que cada día dedicásemos una hora de reflexión a la contemplación de la vida de Cristo. Debiéramos tomarla punto por punto, y dejar que la imaginación se poseione de cada escena, especialmente de las finales” (DTG, 63).

Propongo que sigamos este último consejo del Espíritu de profecía y dediquemos unos minutos a contemplar la pasión de Cristo desde el punto de vista del Padre, algo que cabe llamar el Getsemaní del Padre.

En lo que sigue no hay pretensión teológica alguna. La intención es que sea simplemente una ocasión para *contemplar*, para *meditar* en el gran sacrificio de Dios en Cristo a la luz de la Escritura.

“**Derramaré** sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, **espíritu** de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito” (Zac 12:10).

La “*casa de David*” se refiere a los dirigentes del pueblo de Dios. Los “*moradores de Jerusalem*” somos el resto del pueblo de Dios: los laicos. El texto nos habla del derramamiento del Espíritu Santo en dirigentes y laicos. Cuando eso suceda, estaremos en una actitud de mirar, de contemplar al Señor Jesús como Aquel a quien nuestros pecados han traspasado, y eso despertará en nosotros una profunda emoción, comparable a la de una familia en duelo por la pérdida reciente de su hijo único. ¡Habrá desaparecido nuestra tibieza! Ese es el milagro que se va a producir cuando miremos al Crucificado por nuestros pecados como implica Zacarías.

¿Qué debió significar para el Padre dar a su Hijo unigénito? Encontramos un reflejo en la experiencia de Abraham al dar a su hijo único Isaac, pero es sólo un débil reflejo, ya que Isaac no era portador del pecado, no se enfrentaba a la muerte eterna y nunca se sintió abandonado por su padre.

En la página 126 de *Primeros escritos* vemos una gloriosa vislumbre de lo que sucedió en el cielo cuando se decidió el plan de la redención, cuando la Divinidad nos miró en su amor infinito, conmoviéndose por nuestra situación:



“El cielo se entristeció al saber que el hombre estaba perdido y que el mundo creado por Dios iba a poblarse de mortales condenados a la miseria, la enfermedad y la muerte, sin remisión para el ofensor. Toda la raza de Adán debía morir. Vi entonces al amable Jesús y contemplé una expresión de simpatía y tristeza en su semblante. Luego lo vi acercarse a la deslumbradora luz que envolvía al Padre. El ángel que me acompañaba dijo: ‘Está en íntimo coloquio con el Padre’. La ansiedad de los ángeles era muy viva mientras Jesús estaba conversando con su Padre. Tres veces quedó envuelto por la esplendente luz que rodeaba al Padre, y la tercera vez salió de junto al Padre, de modo que ya fue posible ver su persona. Su semblante era tranquilo, exento de perplejidad y turbación, y resplandecía de amor y benevolencia inefable. Dijo entonces a los ángeles que se había hallado un medio para salvar al hombre perdido; que él había estado intercediendo con su Padre, y había obtenido el permiso de dar su vida como rescate de la raza humana y de tomar sobre sí la sentencia de muerte a fin de que por su medio pudiese el hombre encontrar perdón” (PE, 126).

Al leer esto se plantea una cuestión: Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que conocen el final desde el principio, debían saber que en algún momento el pecado iba a irrumpir en la familia humana. El pecado no fue algo que sorprendiese a la Deidad.

Sin embargo aquí vemos que tras haber entrado el pecado en la tierra, Jesús ruega al Padre. Hemos leído cómo informó a los ángeles de que había estado intercediendo, rogando a su Padre. Y hemos leído que no una vez ni dos, sino tres veces acudió Jesús al Padre para presentarle su petición.

Si el Padre hubiese accedido la primera vez a la petición de Jesús de ser hecho el portador del pecado, ¿habría habido razón por la que debiera haber vuelto por una segunda y tercera vez? Si hubiese quedado decidido, no se habrían requerido más veces: se habría dado el informe a los ángeles después de la primera reunión. Pero aparentemente fue necesario persuadir al Padre. Jesús tuvo que insistir a fin de poder ofrecerse como sacrificio por los pecados del mundo.

¿Qué debió significar entregar a su Hijo amado, para Aquel que tiene contados cada uno de nuestros cabellos, para Aquel a quien no pasa desapercibida ni la caída de un pajarillo en tierra?

El pasaje que hemos leído nos dice que cuando el pecado entró en el mundo, la dádiva de Jesús no fue algo maquinal, automático. El Padre tuvo una lucha terrible. Una lucha

tan real que tras oír a su Hijo, por dos veces despidió a Jesús para quedarse solo. ¿Qué congoja pudo abrumar su corazón de amor infinito?

Debió contemplar el trato que su Hijo tendría que sufrir. Debió observar toda la vida de Jesús en esta tierra dominada por un dictador despiadado: Satanás, el gran enemigo de Cristo. Debió ver a su Hijo en la encarnación, despojándose de su gloria y viniendo a hacerse un bebé indefenso a fin de ingresar en la raza humana, que es incapaz de ver el final desde el principio, donde sólo la fe permite avanzar por el largo y oscuro túnel. Debió verlo crecer y desarrollarse, pasar por la niñez y la adolescencia para llegar a la juventud y la vida adulta rodeado de ridículo, burla, desprecio y odio. Debió verlo en su relación con los padres terrenales a cuyo cuidado lo habría de encomendar. Lo debió ver aprendiendo en las rodillas de su madre la ley que él mismo proclamara anteriormente en Sinaí.

Debió ver el principio del ministerio público de Jesús, su bautismo, sus cuarenta días en el desierto, sus terribles tentaciones allí, la selección de los discípulos. Debió ver cómo las personas sencillas del pueblo responderían aceptando con gozo su mensaje de salvación. Vio también la actitud de aquellos que reclamaban su condición de dirigentes espirituales, cómo finalmente arrastrarían al pueblo, y cómo su orgullo les llevaría a condenar y dar muerte a su Hijo amado en nombre de un supuesto interés general y unidad de su pueblo (**Juan 11**).

Hasta las escenas finales, el Padre debió contemplar a su Hijo en la fortaleza del Espíritu. Durante la primera parte de la vida de Jesús y de su ministerio público, el Hijo de Dios haría frente a todo ataque de Satanás en la seguridad de que el Padre estaba con él. En esa seguridad Jesús sería como una Roca inquebrantable; saldría victorioso en cada conflicto.

Pero el Padre debió entonces contemplar el Getsemaní. Sería allí donde por vez primera Jesús comenzaría a experimentar la angustia desgarradora de la separación de su Padre. Ahora el Padre contempla a su Hijo, ya no como a la Roca inquebrantable, sino como a un Ser indefenso en las manos de su enemigo despiadado y cruel. Ahora ve a su Hijo amado como al Cordero que es llevado al matadero.

¿Qué sentiríais si uno de vuestros hijos os fuera secuestrado, para ser llevado a la muerte? Terrible, sin duda, pero por tanto tiempo como pudierais mantener alguna comunicación con él, le podríais dar la seguridad de cuánto lo queréis. Pero imaginad que la comunicación queda interrumpida en el momento de su más extrema necesidad e indefensión. No sólo eso: además vuestro hijo siente que sois vosotros quienes le habéis colgado el teléfono, que lo abandonáis y lo repudiáis.

Vosotros sabéis que no es así, y sentís hacia vuestro hijo el amor más profundo. Pero ¿qué piensa el niño? En Getsemaní y Calvario, ese contacto con su Padre del que tanto dependía resultó interrumpido. Para el Hijo resultaba terrible, y le hizo clamar: “**Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?**” ¿Qué debió ser para el Padre? Esa debió ser la lucha del Padre en el cielo. Debió observar el momento en que su Hijo se iba a sentir totalmente abandonado, no solamente de los hombres, sino de él, su Padre; y ese pensamiento debió quebrantar su corazón.

Finalmente, en el cielo, Jesús se dirige al Padre por tercera vez para rogarle. Cabe preguntarse si el Padre sintió alivio o congoja al recibir aquella tercera visita de su Hijo

amado. Nuevamente Jesús ruega al Padre que le permita ser el sacrificio por tus pecados y los míos, por los pecados del mundo. Jesús ruega al Padre que le permita sufrir la muerte que te corresponde a ti y a mí, para que tú y yo no tengamos que sufrirla y podamos vivir eternamente. El Padre tiene que decidir a quién entregará. Sólo caben dos posibilidades, y son mutuamente excluyentes. ¿Entregará al mundo —te entregará a ti—? ¿O entregará a su Hijo? ¿Permitirá que Cristo se entregue por tus pecados, o dejará que te pierdas para siempre?

¿Cómo os sentiríais, si tuvieseis que abandonar a la muerte a uno de vuestros dos hijos para poder salvar la vida del otro?

Acceder ahora al ruego que su Hijo le presentaba por tres veces, implicaba negarle en el Getsemaní su angustiada petición, formulada tres veces en medio de la más terrible agonía. En el Getsemaní, el Padre vio a Jesús rogándole por tres veces no tener que beber la amarga copa de la separación de él mientras se aferraba a la tierra, como procurando amortiguar esa caída al abismo de la separación eterna del Padre y de la vida. ¿A qué podía ahora aferrarse el Padre? Ese era el Getsemaní del Padre.

Finalmente se tomó la decisión: “De tal manera amó Dios al mundo, que DIO a su Hijo unigénito”. *Te dio, nos dio* a su Hijo unigénito. No se trata de un préstamo por treinta y tres años y medio. Jesús es nuestro don por la eternidad. No es difícil imaginar al Padre y al Hijo fundidos en un abrazo eterno, el más grande en la historia del universo. Es el “consejo de paz entre ambos a dos” del que escribió **Zacarías (6:13)**.

Hasta el nacimiento de Jesús en la tierra, no debió ser una época de alegre fiesta en el cielo. ¡Cuánto habría deseado el Padre poder asegurar a su Hijo que, mientras colgase de la cruz y se sintiera totalmente abandonado, él estaría realmente allí, a su lado! ¡Cómo desearía que en esos momentos su Hijo pudiera tener la seguridad de su amor! ¿Dónde estaría entonces el Padre?

El **Salmo 18:4-11** es una descripción inspirada del Calvario: nos da detalles sobre Cristo y el Padre en la cruz, que no encontramos en el Nuevo Testamento. Sin duda el conocimiento de ese salmo fue un asidero para la fe de Cristo en la hora de su agonía suprema:

“Me cercaron dolores de muerte, y torrentes de perversidad me atemorizaron. Dolores del sepulcro me rodearon, previniéronme lazos de muerte. En mi angustia invoqué a Jehová y clamé a mi Dios: Él oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó delante de él, a sus oídos. Y la tierra fue conmovida y tembló; y moviéronse los fundamentos de los montes, y se estremecieron, porque se indignó él. Humo subió de su nariz, y de su boca consumidor fuego. Carbones fueron por él encendidos. Y bajó los cielos, y descendió; y oscuridad debajo de sus pies. Y cabalgó sobre un querubín, y voló: Voló sobre las alas del viento. Puso tinieblas por escondedero suyo, su pabellón en derredor de sí; oscuridad de aguas, nubes de los cielos”.

“En esa densa oscuridad se ocultaba la presencia de Dios. Él hace de las tinieblas su pabellón y oculta su gloria de los ojos humanos. Dios y sus santos ángeles estaban al lado de la cruz. El Padre estaba con su Hijo” (DTG, 702).

Ciertamente “Dios estaba en Cristo, reconciliando el mundo a sí”, pero la presencia del Padre estaba velada, de forma que el Hijo no podía sentirla. Había de morir la muerte

de la que nos salva: una muerte en la que no hay esperanza de resurrección, sino sentimiento de abandono y condenación plenas. Sólo por la fe había de atravesar el Portador de nuestro pecado el valle de sombra de muerte. Sólo el amor supremo, no la esperanza de recompensa, podía enfrentar y superar aquella experiencia.

La incursión de la iglesia emergente no debe hacernos temblar, aunque sí despertar, estudiar, orar y meditar. No es más que un falso movimiento que ha de preceder al verdadero. La hora más gloriosa para el pueblo de Dios, para su iglesia remanente, está aún en el futuro, y cada vez lo vemos más próximo:

“En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia” (Zac 13:1).

“Derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito” (Zac 12:10).

“Le preguntarán: ¿Qué heridas son estas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fui herido en casa de mis amigos” (Zac 13:6).

“Invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré: Pueblo mío; y él dirá: Jehová es mi Dios” (Zac 13:9).

Jesús lleva mucho tiempo mirándonos, cuidándonos, atrayéndonos con cuerdas de amor, velando por nosotros mientras que nosotros seguimos distraídos con las cosas del mundo (Juan 12:32). Nuestro arrepentimiento, el que propiciará el derramamiento de la lluvia tardía, vendrá cuando nosotros, su iglesia, decidamos por fin mirarlo a él —a quien traspasamos— y sintamos verdadero dolor por ello. Tras haber conocido esa experiencia, exaltaremos al Hijo de Dios como al “Deseado de todas las gentes”, como al “señalado entre diez mil”, “todo él codiciable”, desaparecerá nuestro miedo y nuestra indiferencia, y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin. Ojalá sea pronto.

www.libros18888.com

